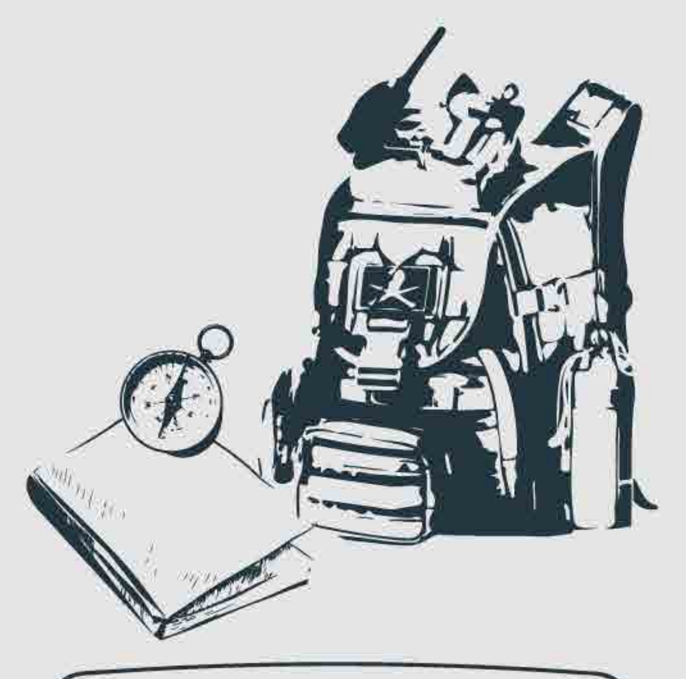
PARTE MILITAR SELECCIÓN POÉTICA CARLOS ERNESTO GARCÍA







CARLOS ERNESTO GARCÍA

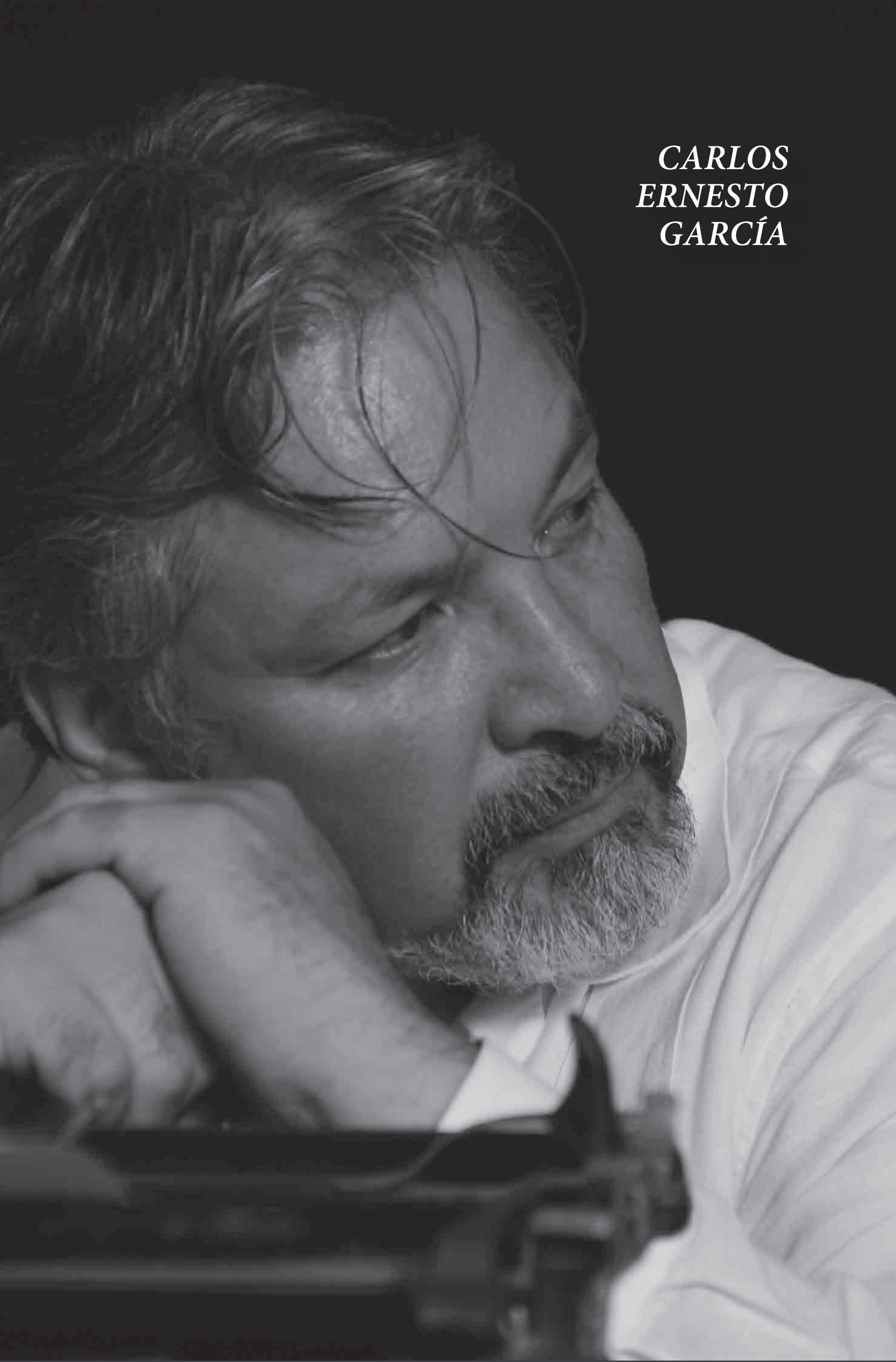
PARTE MILITAR

Selección poética



Colección
Lima Lee




CARLOS
ERNESTO
GARCÍA

Carlos Ernesto García

(Santa Tecla, El Salvador, 1960)

Poeta, escritor, productor cultural y corresponsal de prensa. Libros de poesía: *Hasta la cólera se pudre* (Barcelona, 1994), publicado ese mismo año en Nueva York, bajo el título *Even rage will rot*; *A quemarropa el amor* (Barcelona, 1996); y *La maleta en el desván* (Barcelona, 2009). Ha sido incluido en diversas antologías, entre las que destaca: *La Poesía del siglo XX en El Salvador* (Editorial Visor, Madrid, 2012). *El Sueño del Dragón*, libro en tono novelado que narra su viaje por el río Yangtsé (China), y otro de reportaje titulado *Bajo la Sombra de Sandino*. Su obra poética se ha llevado al teatro, la música, la pintura, la danza moderna y la escultura. Ha recibido invitaciones de diversas instituciones académicas y culturales de Europa, Asia, América Latina y Estados Unidos. Asimismo, ha participado en los festivales internacionales de poesía de Struga (Macedonia), Medellín y Barranquilla (Colombia), New York (EE.UU), Concepción (Chile), Granada (España) y Lima (Perú). Recientemente ha sido objeto de un documental titulado *A quemarropa el amor*, del director catalán, Vicente Holgado, rodado en España, El Salvador y Nicaragua entre 2017 y 2018.

Parte militar: Selección poética

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poéica para las ediciones de la colección del Programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

PARTE MILITAR

Selección poética

Si se castiga a los soldados antes de haber conseguido que sean leales al mando, no obedecerán, y si no obedecen, serán difíciles de emplear.

Tampoco podrán ser empleados si no se lleva a cabo ningún castigo, incluso después de haber obtenido su lealtad.

Sun Tzu, *El arte de la guerra*.

El tirano llegó y mostraba
sus insignias ante nosotros.
Alzó luego la mano y dijo:
nadie que no me siga vivirá.

José Agustín Goytisolo, *Ante nosotros*

Ataúdes blancos

Varios estudiantes apiñados en la calle
forman una especie de montaña nevada
cubiertos como están por sábanas blancas.

En el centro de la plaza
ya sin aliento de vida
la barricada que armaron los muchachos
con viejos pupitres y pedazos de tablas
sacadas de los basureros.

Entre el humo de la pólvora
los dejaron caer violentamente
sin la menor delicadeza
sin cortesía alguna
sin la más leve consideración
hasta formar un amasijo
contra el pavimento.

Los lanzaron
como arrojan los cuerpos
en la fosa común
al final de la batalla.

Boulevard del ejército

Arrastran sus cuerpos por el pavimento.
Intentan que alguien abra la puerta,
pero nadie hace nada.
El conductor del autobús
con la mirada fija y perdida
es un sujeto indiferente.
El resto de pasajeros
solo curiosea por las ventanillas
haciendo tímidos comentarios en voz baja,
como queriendo decir:
Es un cálido día manchado de sangre.

El tráfico avanza lentamente,
esperando que los cuerpos zigzagueantes
se retiren del camino
hasta colocarse moribundos en la acera.
Algunas mujeres lloran
imaginando quizá a sus hijos o maridos.
Los más pequeños
no pueden evitar imitarlas
y también lloran.

La confusión es enorme.
Son muchos los cuerpos que ruedan
y se mueven a duras penas,
producto de las heridas.

A lo lejos resuenan pequeñas detonaciones.
El tránsito recupera poco a poco
su monótona normalidad.
A los costados
entre los arriates verdes
se ven banderas rojas
colgadas de las ramas
o sujetas a las vallas metálicas
de una fábrica de zapatos.
Detrás de un barril oxidado
un niño que se esconde
me mira fijamente.
Sus ojos me persiguen
atravesando el cristal de mi ventana,
preguntando qué haré ahora
que lo he visto todo.

Pasados los años
lo encontré con su voz muda entre la multitud
por la calle Corrientes o cerca del *Notre Dame*,

oculto tras los marsupiales en *Melbourne*,
vagando descalzo por *Chongqing*
a media noche y sin rumbo fijo.
Y continúo petrificado sin el valor suficiente
de gritar al chofer del autobús que abra la puerta
para que aquel niño pueda subir y se salve.

Cañones ociosos

Vagamos por el Mediterráneo
mientras el cielo
se incendia en el horizonte
dando paso a la oscuridad
que suave y callada
se impone en el firmamento.

Desde las orillas
los pueblos costeros
amables saludan
con sus millares de luciérnagas.

En las profundidades de este mar
pedazos de galeones descansan
con hermosos mascarones de proa.
Un inmenso y desolado cementerio
de soberbios destructores
de cañones ociosos.
Submarinos que guardan inmóvil
ya solo el uniforme y los restos
del aguerrido soldado
en su puesto de combate.

El oleaje arrastra quizá
astillas de embarcaciones aqueas
que sucumbieron a la tormenta
o a la batalla.

Ausencia

Mi hermana   mi hermana
¿Dónde está mi hermana?
Busco en vano.
No puedo verla.

De pronto como una bala, como un fogonazo.
Su mirada ante el horror.
Su piel blanca y su adolescencia.
Su manera de bailar a solas y cantar.
Su cabellera al sol.
Todo se desvanece.
Sus 18 años en un solo instante como un destello.
Como una metralleta sonando en mi memoria.

Algunas veces el camino me conduce
hasta el *whisky* de los filibusteros.
De golpe una explosión.
Una bala en la madrugada.
Un grito ante el espanto.

Prohibido amor

El neón golpea un cuerpo desnudo
que armonioso gira
alrededor de una barra.

Lascivas las miradas
la persiguen
queriéndola alcanzar
y devorarla.

Corren el ron y la cerveza.
Suenan Luis Miguel y Ricky Martin.
El liguero de la bailarina
se inunda en dólares.

Ella sonríe y piensa:
en la leche de sus hijos
en el alquiler que no ha pagado
en que ya es muy tarde
en que tiene sueño.

Marcha de la unidad

A los que cayeron en San Salvador
el 22 de enero de 1980.

Todo estaba bien.
Hasta que llegaron ellos
con sus bombas lacrimógenas,
los disparos del G-3,
las capturas indiscriminadas,
las avionetas fumigando,
los cadáveres contra las cunetas
y las mujeres en desespero
que entre la multitud
buscaban la mirada combativa
de sus hijos.

Todo estaba bien.
Salvo usted, general.
Salvo usted que dio la orden.
Todo estaba bien,
general.

Los barcos

Arrecia la tormenta.
Los barcos chocan entre sí y se hunden.

Ya no tengo más hojas en el cuaderno.
Retiro los pies de la cuneta.
Me levanto empapado por el agua.

Se acabó la guerra.

A la muerte de un alcalde privado

No fue
el grito en la noche
que derrumbó tu alegría
    hasta la desesperación.

Fue
el volcán de amor
de esos niños
    que te dio la espalda.

Hoy que fueron a enterrarte
no hacía ni viento.

Los adioses

Llegó cuando tenía veinte años.
Se dejó crecer por el tiempo
fiel a su condición
conspiraba en las ciudades
entre todas las mujeres.

La última vez que nos vimos
recuerdo que estaba triste por mi viaje
(del que nunca he vuelto).
Su imagen quedó desvaneciéndose
en aquella pequeña habitación
que era mi refugio.
Al partir
ella olvidó su carmín
que luego Maricruz usaba
siempre que salía con su novio,
quien todas las tardes
me regalaba un vaso de agua de coco
para que no me sintiera solo.

Con mala letra en la pared

Las calles tomadas
por el espectro de los ausentes.

Apenas sí hay tiempo de leer al paso
unos versos escritos con mala letra en la pared.
Pero… ¿Dónde está el poeta?

Camino entre las esquinas sigiloso
mientras por una cuneta
avanza con desgano —como no queriendo llegar—
un hilito de sangre
que se perderá en la cloaca.

Fotografía

Me fui sin decir adiós.
Nadie me avisó de la partida.
De la mía y la de ustedes.

El ruido de unas bestias
puso fin a lo que estábamos hablando.
Por eso mi odio a las matemáticas.

Tu último gesto
lo realizaste atropelladamente, pero firme.
Lo demás sucedió todo tan de prisa
que se quedó en mí como una fotografía.

El cazador

A *Vasili Záitsev*

Agazapado en la maleza.
Un día tras otro sin comer ni dormir.
El ojo pegado al punto de mira
en busca permanente de su presa.

El frío que lacera.
El calor que funde.
En el rígido silencio
de la más completa soledad
se tensan los nervios
que agudizan los sentidos.

Una bandada de pájaros
que de pronto alzan el vuelo.
Una piedra rodando en la vereda.
Una rama que se quiebra.
Suenan alarmantes
como una sirena en la cabeza.

Entre el verdor de los maizales
relumbran bajo el sol
un puñado de cascos.

En las quebradas
las botas chapotean
sobre el río.

La tropa se aproxima sigilosa
hasta acampar en las cercanías.

Por la mañana
con estrépito
tres cabezas caen a la vez
sobre unos platos de comida
que descansan en la mesa.

Cabezas alcanzadas a un tiempo
por un solo proyectil
y porque la munición también
algunas veces
escasea.

Desfile militar

Una mañana cualquiera.
Aburridos
bajo el aplastante sol del trópico.
Agotando insaciables
nuestros cigarrillos
de marca barata.
Sentados como de costumbre
sobre los escalones de cemento
que dan a la vieja iglesia del pueblo
nos entretenemos
contando camiones
tanquetas y un río
de guardias nacionales
con destino a la masacre.

Por el lento rencor del agua

a Rigoberto Paredes

Amenaza la memoria.
Camina entre manoseados papeles
con los pies prestados.
Peligrosa la memoria.
Se desnuda y combate en plena calle.

Alta suena la voz del que reclama
y los constructores del verso
ya no son volcán inactivo,
tierra baldía,
machete sin filo.

Alguien

Esta noche supongo.
Alguien
sin amigos
dormirá aburrido frente a su televisor
a la espera de una llamada telefónica.
Alguien
nombrará cosas inciertas.
Alguien
se detendrá frente a la puerta
de una casa donde nadie le espera.
Alguien
intentará traspasar
su propia memoria.
Alguien
dejará caer los pedazos rotos
de una fotografía
como si aquello constituyese una venganza.
Alguien
gritará desesperado.
Alguien
volverá los ojos

que ya no quieren ver las mismas cosas.
Alguien
llegará tarde al trabajo
por culpa de esas palabras necesarias
después del amor a la persona amada.
Alguien
que no se ha dado cuenta
aún de su propia muerte
caerá en una calle céntrica
en New York
Hong Kong
Berlín
o Londres
con un enorme agujero en la frente.

Alguien
posiblemente como tú o como yo
se levantará de su cama
pensando quizá
que nada
nada de lo que suceda afuera
es más importante
que su pequeño
y miserable mundo.

La emboscada

Un puñado de hombres
se dirige sin saberlo
hacia la nada.

El acelerado palpitar.
La gota de sudor en la frente.
La mirada fija
en los cronometrados relojes
que silenciosos anuncian
el sorpresivo punto de partida.

A quemarropa el amor

Guardo como pequeñas piedras de mar
días de nieve
regiones habitadas por el miedo
incendios de miradas devastando las calles
reinos de abejas y de hormigas
silvestres floraciones de palabras
atardeceres bajo oscuras arboledas
lápidas polvorientas
sobre historias personales
mesas de café
desde donde controlábamos las piernas
de una mujer que no nos hizo ni caso.

Alojo recuerdos como piedras de mar
y ninguno termina de hacer daño
en la palma de la mano
donde los aprieto con indecente esperanza.

Son recuerdos
como los de un gato jugando en el jardín
con una bala entre las patas

¿o será alguien cargando su revólver?
De un gato que llora en el jardín
¿O será mi madre
que no está en casa desde ayer?
El recuerdo de un hombre que salta la verja
y yo no tengo tiempo
ni ganas para recibirlo.

Los impactos rompen la puerta
mientras irrazonablemente
la luna se aburre allá arriba
y saltando el muro
caigo en un estanque dorado
a salvo de la ballena que arrasa.

Una cruz de velas

Sus pies desnudos
se balancean con la brisa de octubre.
En la oscuridad un rumor de hombres
que apenas pueden distinguirse
por las brasitas de los cigarrillos.
Una anciana de rodillas
coloca varias velas sobre la tierra,
formando con ellas una cruz
que ilumina el cuerpo del ahorcado.

Durante toda la mañana
lo había visto angustiado
buscando una vaca perdida.
Descalzo y sin camisa.
Gritando hasta enronquecer.
Lo conocía bien.
Algunas madrugadas
él me brindaba en un huacal
la primera sangre de la res
que degollaba al amanecer.
Para que creciera fuerte y recio,

decía con su voz joven y alegre.
¡Tan fuerte!
¡Tan recio!
como el árbol de amate
como la cuerda de maguey
que en su desesperación
encontró adecuados
para colgar su garganta.

Ciudad de hierro

Ahora sé que eres vulnerable,
que pueden tocar tu corazón
y derrumbarte.

Sé que no solo es abatible
el verde en la montaña,
el árbol en la sierra.

Sino también tú
ciudad de hierro
donde apenas sí germinan
las hojas de la hierba.

Hong Kong, China, 2008.

En las faldas del volcán

a Alfonso Hernández

Mientras el viento anuncia
esa forma de sepultar madrugadas
que engendra en su interior,
la noche,
una piel
sumergida entre la vegetación,
busca su último refugio
en la tierra.

El descanso del guerrero

Harto de todas las batallas
el guerrero tomó su espada
que hundió en la arena
y pensó:
Este es un buen lugar
para la muerte.

Indiferente
cayó la tarde.
Nadie preguntó por el guerrero.
A nadie importó el lugar escogido
para el descanso.

Una tormenta de arena
se encargó de sepultarlo.
Abono no fue para la tierra,
sino pasto para el desierto.

Aleja de ti

Que la desolación no te alcance
en esta hora.

Permite que la angustia
pase de largo.

Líbrate mientras puedas
de los recuerdos
que hacen daño.

Guarda celosamente
los nombres
que, a duras penas,
cargas en la memoria
para que sus viejos moradores
descansen en paz.

Que no te tiemble el pulso
ni vuelvas la espalda
mientras lanzas la granada.

Rechinar de polainas

Golpean a tu puerta.
La casa está rodeada.
No te dan tiempo de vestirte,
así que te sacan en ropa interior,
a insultos y empellones
hasta subirte en la parte trasera
de un vehículo en marcha.

Te vendan los ojos
y tu respiración agitada
se une a la de otros jóvenes,
que sentados al lado,
no logran gesticular palabra.

La suerte está echada.
Se nota en el silencio de todos.
Se intuye por la falta de preguntas.
Se teme por los otros
que igual que tú irán llegando.

Por el sonido seco
que producen los pies
al chocar contra el suelo,
se sabe que son más de diez.

Los hacen caminar
sobre la vía del tren
a ratos con algún golpe cerrado
de la culata del fusil.
Siguen sin abrir la boca.
Les falta el aliento.
Tienen seca la garganta.
El sonido de las botas y el correaje,
ese sí se oye porque las polainas rechinan.

Entre las víctimas
alguien anuncia que falto yo.
Los verdugos lo saben
y deciden no esperarme.
Comienza el festín
y las cabezas una a una
van cayendo
bajo el filo del machete.

Cómplices

La noche es una vieja alcahueta.
Dadora de vida y de muerte.
Encubridora de tanta fechoría.

La Gestapo, el KGB, la CIA, la Guardia Pretoriana
gustaron de la oscuridad como los amantes en celo.
Troya fue tomada bajo el manto de la luna.

Leo a Solzhenitsyn y evito a los seres nacidos del asfalto.
Me basta con hurgar en periódicos
para conocer el estado de la Bolsa y sentirme un *gentleman*.
¡A quién se le ocurrió que yo no puedo!
Camino bajo la lluvia hasta que el frío cala mis huesos,
que es otra manera de sentirse en Londres o París
o entre la humedad de las hojas de los cafetales.
¡Sí!, los que me cubrieron en la retirada.

La poesía anda de viaje

a Jaime Suárez in memoriam

Tu pupila
vigilante en la noche.
La calle a la que escribiste
patrullada por retenes.
Tu voz
quebrada por los sicarios.
Los bares donde te divertías
cerrados con su olor a guaro
/mezclado con lejía
inunda el silencio.
En ademán de burla
encontraron tus manos cortadas.
En ademán de burla
tu sonrisa.
Tus poemas recorren el mundo.
Se anidan en nuevas bocas
que te nombran.
El hombre es hoy

como querías:
Un disparo colectivo.

Yo no tengo casa

La mitad de lo que amaba ya no está conmigo.
Unos (casi todos) se han quedado.
Otros simplemente partieron.

Mi hermano urgentemente me escribe desde México:
«La casa se derrumba,
hay que venderla»
y pienso:
¿es qué aún tenemos casa?

Mi padre se quedó sin comprarse aquella camisa
o aquel pantalón que tanto le gustaba
sin ir al cine los domingos
sin viajar al país con el que tanto soñó
y se conformó con visitar un parque
en donde mirarle el rostro al caballo
y al general que lo montaba en una estatua.
Todo por comprarnos una casa.
Una pequeña y modesta casa donde vivir
y a la que hoy solamente se le ocurre derrumbarse.

Por mí
que se derrumbe si quiere.
Si la mitad de lo que amaba ya no está conmigo.
Si los niños no se amelcochan frente a la ventana
y si a mi hermana se le quebró la sonrisa frente al espejo
aquella terrible noche de junio,
antes de la tormenta y el canto del gallo.
Si el llanto metálico de un niño
no me provoca una tremenda ternura
que haga nacer una canción de amor entre mis manos,
por mí
que se derrumbe;
y que vuelvan a construir un día si quieren,
pero será sobre cenizas.

Mi voz no vibrará más en sus paredes.
Tus cartas de amor, Mariana,
no llegarán con su olor a perfume hasta mis manos.
Al caer la Navidad
estaré siempre lejos
y solitarias habitaciones poblarán la casa,
que según cuenta mi hermano en su carta:
«ya perdió sus primeros cristales».

Está bien
que se derrumbe si quiere.
Si es así,
olvidarla será mi venganza
porque yo hace tiempo,
mucho tiempo,
que no tengo casa.

Fosa común

Camino al viejo cementerio
cargando sobre mi hombro
una corona de ciprés
que me regalaron.
Además del alcalde
como en procesión
caminan murmurando
gentes del pueblo
de las que intento
adivinar sus rostros
y olvidé sus nombres.

La tumba que busco
es una tumba desconocida.
Una tumba abandonada
sin lápida ni cruz
sin epitafio ni flores.

Nada queda de aquel sepelio
que un día inundó las calles
y del que más de una vez

escuché hablar a los amigos
perdidos en el espacio sideral.
Subo a un montículo de tierra
para gritar con el corazón
para mis adentros
que llegué desde muy lejos
para pedirles perdón
por tanta ausencia.

Todo estaba bien.
Hasta que llegaron ellos
con sus bombas lacrimógenas
los disparos del G-3
las capturas indiscriminadas
las avionetas fumigando
los cadáveres contra las cunetas
y las mujeres en desespero
que entre la multitud
buscaban la mirada combativa
de sus hijos.



Colección
Lima Lee

